

terms. Now, it needs to be further refined and augmented”. Sin duda, este libro va a contribuir en gran medida a tal objetivo.

Xavier Baró i Queralt
Universitat Internacional de Catalunya
xbaro@uic.es
orcid.org/0000-0002-7222-4519

Juan de Lucena, *Diálogo sobre la vida feliz; Epístola exhortatoria a las letras*, ed., estudio y notas de Jerónimo Miguel, Madrid: Real Academia Española (Centro para la edición de los clásicos españoles), 2014, 284 pp., ISBN 10: 84-617-1379-6; ISBN 13: 978-84-617-1379-0.

Descubrir a Juan de Lucena es recibir un baño de inteligencia, mesura y astucia en nuestras lecturas del siglo XV. Sin duda, el diálogo es un género fundamental para entender esta época (como bien demuestran los logros de “Dialogyca BDDH”, el proyecto que llevan adelante Ana Vian y Consolación Baranda en la Universidad Complutense), y Juan de Lucena se mueve en él como pez en el agua.

Debo decir, ante todo, que Jerónimo Miguel, cuya publicación parte de una tesis dirigida por Francisco Rico, realiza un profundísimo estudio de la vida del autor antes de darnos a conocer sus textos. Este estudio abarca una ingente labor archivística que le permite también desechar identidades falsas (pp. 55-61*). Se nota, además, que es un estudio apasionado en el modo de su escritura, pues se palpa que el investigador aprecia la personalísima búsqueda de independencia espiritual de Juan de Lucena, quien, a pesar de que tuvo que acoplarse a las normas sociales de su tiempo, no renuncia a su condición conversa (todo lo contrario, procura enorgullecerse de ella), aunque le costara una acerba polémica con el inquisidor general fray Tomás de Torquemada. En este sentido, quiero apuntar que hubo de ser muy duro para Lucena la quema pública de las cenizas de su madre, acusada de criptojudía, especialmente porque su hijo se había preocupado por que se hicieran honradas exequias a su progenitora tras su muerte, en 1485. Así, el periplo vital de Lucena está muy bien trabajado y documentado por el editor de las obras, que enmarca a esta figura clave en la sociedad de la segunda mitad del Cuatrocientos castellano y europeo. Agradecemos esta labor de contextualización porque es especialmente importante para entender los dos textos que vienen tras el estudio introductorio. Muchos de los contenidos que en ellos encontramos

no podrían comprenderse sin tener en consideración una carrera eclesiástica que le lleva a unos años de estancia en Roma, en la curia del papa Pío II (de 1458 a 1464), donde escribe su obra más notoria, el *Diálogo sobre la vida feliz* (conocida en el mundillo literario también como *Diálogo de vida beata*, o *De vita beata*). Aparte de ganarse la confianza del Pontífice, que siempre lo protegió, lo ayudó y lo distinguió con cargos importantes —alcanzó el título de protonotario apostólico—, leyó atentamente las obras de este, pero también las de humanistas reconocidísimos como Antonio Beccadelli (el Panormita), Poggio Bracciolini, Lorenzo Valla, etc. De uno de estos hombres de letras tomó Lucena la fuente para componer su obra principal: se trata del diálogo *De humanae vitae felicitate*, del escritor ligur Bartolomeo Facio. Como demuestra muy bien Jerónimo Miguel, tanto en el estudio introductorio como en las notas a pie de página que complementan la edición del *Diálogo*, Lucena se inspira en la obra del humanista italiano, pero lleva a cabo una originalísima adaptación, sea en la forma, sea en los contenidos que trata. Por otro lado, Juan de Lucena contó también con el favor y con la protección de los Reyes Católicos: no en vano fue su servicial y eficiente embajador en cortes extranjeras como las de Flandes, Inglaterra, Borgoña y, en los últimos años, Francia.

Pero pasemos a comentar las dos ediciones que ofrece este libro. El *Diálogo sobre la vida feliz*, 1463, reúne a tres insignes personajes de la época, ya fallecidos, don Alfonso de Cartagena —que hace de moderador—, Juan de Mena y el marqués de Santillana, quienes, en ameno e interesantísimo coloquio, discuten acerca de si la felicidad existe, o no, en este mundo terrenal. Para ello, los protagonistas repasan todos los estamentos sociales empezando por los de la vida activa, y así hacemos un recorrido desde los reyes a los caballeros y cortesanos, pasando por campesinos y pastores, para llegar a los religiosos: el papa, los cardenales, obispos y clero bajo, que representan la vida contemplativa. En ninguno de estos estados, esta es la conclusión final, puede hallarse la felicidad; solo puede alcanzarse —y el razonamiento lo ofrece el propio autor, que aparece al final de la obra como un personaje más— en la vida futura, después de la muerte, cuando las almas gocen de la visión beatífica de Dios. Con todo, el *Diálogo* es mucho más que el propósito de demostrar esa tesis. Lucena aprovecha ese espejo que nos ofrece de la sociedad del momento para llevar a término una crítica, en ocasiones muy dura, contra quienes están a la cabeza de esos estados. Se sirve para ello, en la mayoría de ocasiones, de la sátira y del humor. Llamen la atención los comentarios mordaces, revestidos con una fina y sutil ironía, cuando describe el boato y el lujo que acompañan a cardenales y obispos, por poner sólo dos ejemplos, o el tono serio que apreciamos al atacar el poder temporal de la Iglesia: según el autor, la ruina

y los males que esta sufría venían de la famosa *Donatio* del emperador Constantino. En definitiva, Lucena se lamenta de que los religiosos no cumplan con el magisterio de Cristo y de que, en lugar de imitar la vida pobre de este y de sus discípulos, se dediquen a acumular riquezas y bienes terrenales. Un tema especialmente sensible es el que toca Lucena cuando defiende a sus correligionarios, los conversos: le dolía, especialmente, el apelativo de «marranos» con el que se los denigraba y vejaba públicamente. Lucena reivindica para los nuevos convertidos el derecho a conservar la antigua nobleza dada por Dios al pueblo judío, a la vez que pone énfasis en que cristianos y conversos deben participar todos del cuerpo místico de la Iglesia. Nuestro protonotario es también un firme defensor de la ciencia y del saber, no sólo por los beneficios que ambos reportan a la persona, sino porque, a su entender, una sociedad de progreso y de integración sólo puede alcanzarse mediante el magisterio de las letras. En fin, otro buen número de ingredientes interesantísimos esperan a quien se adentre entre las amenas y sugestivas páginas de este diálogo de Lucena. El *Diálogo sobre la vida feliz* también se puede encuadrar en esos debates Marta-María que se pusieron en boga al final del siglo XV, en los que se discute la felicidad aportada por la contemplación y la dicotomía activo-contemplativo a la que dedicaría un libro entero años más tarde Gómez García en su *Carro de dos vidas*. A estos temas y a otros que se presentan en la obra, así como a estudiar las figuras dialogantes en el texto y las relaciones retóricas y personales entre ellos, dedica varias páginas el editor del *Diálogo*.

Debo destacar la prosa artística en que está escrito el texto de Lucena, prosa que combina un estilo culto, en ocasiones enriquecido con latinismos, con el popular, donde la lengua espontánea acompañada de anécdotas y sabrosos chascarrillos hace de contrapunto para alcanzar el deseado equilibrio, tanto en el léxico cuanto en la sintaxis. Hay que notar también, por lo que a la edición crítica se refiere, la acertada labor llevada a cabo por Jerónimo Miguel tanto en la selección de los testimonios como en los criterios de edición. La *collatio* y la fijación del *stemma* están muy bien justificadas: el editor contrasta las variantes textuales en un extenso aparato crítico, tras habernos ofrecido una idea adecuada de la tradición textual de los testimonios, y opta por tomar de modelo el Ms. 6728 de la BNE antes que las diversas ediciones impresas de su tiempo.

Respecto a la *Epístola exhortatoria a las letras*, Jerónimo Miguel la data convincentemente en 1482 y discute, también de manera convincente, la personalidad del destinatario (pp. 170-171*). Lucena aboga por una religión interior e íntima, a través de una comunicación directa con Dios en la oración mental, frente a la vocal en latín, que no entendían muchos religiosos ni la gente llana del pueblo (y si ellos no entienden lo que rezan, ¿cómo va a entenderlos Dios?). Esto no quiere

decir que no haya un gran aprecio de las letras latinas en el texto: Lucena anima a su destinatario, Fernán Álvarez Zapata, a que persista en el estudio que acaba de iniciar de la lengua del Lacio, y encomia los estudios latinos que la Reina ha emprendido recientemente. Sea como sea, unos alegatos tan valientes sin duda entrañaban riesgos para un converso, aunque no nos extraña que Lucena arrojara el riesgo por la pintura de su carácter que traza Jerónimo Miguel. Por lo que a la edición crítica se refiere, el editor sigue el Ms. 5-3-20 de la Biblioteca Colombina de Sevilla. Parecen también adecuados los criterios de edición, que tienen en cuenta los valores gráficos y fonéticos de la época, si bien en parte modernizados como él explica en el apartado de «Criterios de presentación gráfica» (pp. 220-227*) —donde se encuentran los utilizados también para el *Diálogo sobre la vida feliz*—, resolviendo, al paso, interpretaciones poco claras y lecturas dudosas, y añadiendo notas a pie de página que ilustran o contextualizan ciertos pasajes.

Creemos que esta edición ayudará a entender mejor el problema converso en Castilla. Recientemente se han publicado libros iluminadores sobre este tema, como el de Rosa Vidal *Misera Hispania: Jews and conversos in Alonso de Espinás "Fortalitium Fidei"* (Tamesis), en el cual, por falta de ediciones asequibles, no se ha podido contar con el papel de Lucena en el debate converso. En suma, es necesario leer la edición que reseñamos para comprender los alcances literarios e ideológicos de la prosa conversa; y por si hubiera que dar más razones, Juan de Lucena se nos revela como un magnífico escritor.

Rebeca Sanmartín Bastida
Universidad Complutense de Madrid
rebecasb@ucm.es
orcid.org/0000-0003-4720-2446

Julián de Toledo, *Pronóstico del mundo futuro*, ed. José E. Oyarzún, Madrid: Ciudad Nueva (Biblioteca Patrística, 94), 2013, 183 pp., ISBN: 978-84-9715-274-7.

Sin duda alguna, la traducción castellana, con notas e introducción a cargo de José E. Oyarzún, del *Prognosticon futuri saeculi* (688) de Julián de Toledo (c. 642-690) es una buena noticia para los estudiosos de la historia de la espiritualidad cristiana, amén de los interesados en el conocimiento de la Hispania visigótica y, en general, los primeros siglos de la Edad Media. Julián de Toledo fue una de las figuras capitales en el ámbito religioso del Toledo visigótico, y su influencia se dejó sentir también en Roma y Constantinopla, sobre todo a raíz de la polémica